

Ciudad, ciudadanos y patrimonio: investigar el descontento social hoy

Modesto García Jiménez

*Universidad Católica de Murcia UCAM, España
mgarcia@ucam.edu*

Resumen

El problema al que en la actualidad se enfrentan las ciencias sociales no tiene que ver con la vieja acusación de falta de cientificidad. El problema es otro. García Canclini plantea en su último libro: ¿dónde está la teoría social en este tiempo globalizado y disperso, o sea interdependiente y errático, que permita extraer consecuencias observacionales, explicar por qué los actores obran de maneras tan diferentes e inestables? A raíz de una investigación patrimonio en la ciudad de Cartagena (España), se expone la necesidad de una readecuación urgente, radical, de las herramientas y sobre todo de los planteamientos de investigación.

Palabras clave: Procesos de patrimonialización, conflicto social, investigación, nuevos planteamientos.

City, Citizens and Heritage: Research the Social Discomfort Today

Abstract

The problem which the social sciences currently face is not the old accusation of a lack of scientific rigor. The problem today is different. Garcia Canclini poses the question in his latest book: in this time of globalization and dispersion, or rather interdependence and instability, where is the social theory that allows us to extract observational conse-

quences, to explain why actors behave in such different and erratic ways? The result of research on heritage in the city of Cartagena (Spain) exposes the necessity for an urgent and radical re-adaptation of the tools, and above all, the research approaches.

Keywords: Processes of heritage, social discomfort, social investigation, new scientific approach.

INTRODUCCIÓN

Aunque parezca reproducir un tópico, puede decirse que el mundo ha cambiado radicalmente; además lo ha hecho a una velocidad de vértigo y de manera acelerada (R. Koselleck, 2003). Tanto, que las teorías sociales hasta ahora vigentes se afectan de una obsolescencia galopante por más que éstas sean todavía ostensiblemente ‘jóvenes’ y por tanto ‘actuales’.

La última hornada de producción intelectual o científica sobre diversos aspectos sociales se ha visto impactada fundamentalmente por dos asuntos de alcance todavía impredecible: la implantación generalizada de nuevas tecnologías individuales de la comunicación, fundamentalmente las que circundan alrededor de la telefonía móvil y su enorme despliegue de posibilidades (cada persona es un terminal digito-cibernetico con todas las posibilidades de conexión, información, conocimiento, gestión, comunicación, auto-esparcimiento, expansión, participación, ensimismamiento...); y la vertiginosa, y a todo punto ominosa, crisis de la última década (no tanto en el sentido de una gran recesión económica, como en el de demostración palpable de la eficacia de los recursos y estrategias de autorregulación, fagocitación y perpetuación de los sistemas capitalistas).

Las grandes seguridades, discursos omniexplicativos y dicotomías con las que la ciencia moderna se explicaba, así como los intentos post-modernos de crítica epistemológica se han extinguido o han dejado de ser pertinentes y eficaces. Por ejemplo las que explican el patrimonio (último gran fenómeno de catarsis social) en virtud de los pares popular/culto, tradicional/moderno, material/intangible, rural/urbano, o basándose en grandes teorías como las de la identidad social.

A) la velocidades a las que evoluciona la reflexión teórica y el procedimiento metodológico son dispares, y lo más preocupante aún, en muchos casos son paralelas, en el sentido de que difícilmente convergen.

B) Aunque aparece con claridad en el panorama científico la asunción de novísimas propuestas fundamentalmente de corte teórico, no sucede lo mismo en las del plano metodológico. Quizá, esto se deba, como apuntan algunos autores, a la ‘relajación’ provocada por la impetuosidad teórica del llamado postmodernismo, y su paradójica relativización de lo epistemológico.

Lo cierto es que al menos en apariencia seguimos manteniendo, en la mayoría de los casos, un lenguaje -terminología, conceptos, procedimientos- metodológico en la más pura línea academicista, que suena a manido, y que es rígido y poco versátil. En el panorama de la producción sobre metodología, y después del encumbramiento estelar de la llamada metodología cualitativa, poco nos hemos apartado de la senda de cómo combinar las estrategias que hemos etiquetado como cualitativas versus cuantitativas, y que en buena lógica debería ser una.

C) cuando hoy formulamos una apreciación -a veces solo sustentada en una observación más o menos intensa o prolongada- sobre aspectos de la relación social de cierta abstracción, pongamos por caso la tensión, la disconformidad, el perjuicio, el enfrentamiento, el conflicto sociales, bajo qué parámetro metodológico lo hacemos. O más directamente, cómo investigamos hoy estos asuntos de comunicación -o incomunicación- social, inmersos, como estamos en una revolución sin límites, en una convulsión total, en una desfiguración de los órdenes con que habíamos intentado explicar lo que seguimos llamando realidad.

D) las reflexiones aquí presentadas nacen en el marco de un proyecto de investigación que quiere conocer la naturaleza de los ‘procesos de patrimonialización’ en las ciudades portuarias, o en algunas ciudades portuarias¹.

1. REFERENTES PARA PENSAR UN MARCO TEÓRICO

A partir de la explosión postmoderna, basada en el desmontaje de los grandes relatos omnicomprendidos, y de la aparatosa y extraordinaria irrupción de las últimas tecnologías de la comunicación en el panorama social se hace necesaria una reubicación teórica sobre las reflexiones y los procedimientos de las CCSS.

En su libro *El mundo entero como lugar extraño* (2015), García Canclini pone en duda la eficacia -si no la pertinencia- del Marco Teórico, a pesar de haberse convertido en un apartado inexcusable en los pro-

cedimientos y contenidos de las propuestas metodológicas, o en los trabajos académicos de corte científico:

Si yo fuera usted me abstendría por completo de los marcos. Simplemente describa el estado de las cosas en cuestión [...]. Describir, estar atento al estado de cosas concreto, encontrar la única forma adecuada de describir una situación dada, a mí esto siempre me resultó increíblemente difícil (2015:104).

Es muy posible que Canclini se haga eco en su comentario de la automaticidad que hemos imprimido a la elaboración de esos marcos, llegando a convertirlos en algo manido, en una parte vulgar del procedimiento, o en ese sesgo tan temido de ampararnos en textos, corrientes y autores para descuidar lo verdaderamente importante de una aportación, en palabras de Canclini, describir. El marco, es no obstante y desde mi irrelevante punto de vista, absolutamente esclarecedor; otra cosa es que posiblemente esté llamado a un cambio urgente de estructuración, y quizá también de denominación. El marco teórico no es tanto la búsqueda más o menos acertada del nicho en el que nuestra aportación ‘estará segura’, como el desvelamiento de la correlación de fuerzas intelectuales en el análisis de una determinada situación. No se trata de una ‘imagen’ en la que el marco, a manera de cerco físico, constriñe una idea que pudiera no tener límites, sino de ubicarse en un cruce de referencias sensatas sobre un aspecto social.

Mi idea, en este improbable texto, es concitar a ciertos autores que han sabido trascender la etiqueta posmoderna pero que no han tendido, todavía, espacio o perspectiva para integrar en su pensamiento algunos de los nuevos derroteros de la interacción social. Digamos que son los mejor posicionados en el límite que las nuevas circunstancias actuantes en los haces identificables en la relación social imprimen a estas relaciones y a la manera en que cada individuo versiona cómo son a su entender estas relaciones, pero teniendo siempre en cuenta una premisa superior, y que en este texto quiere ser argumento central, esa ‘versión de su entender’ no es algo fijo e inmutable sino que está sujeto a una serie amplia de contingencias, entre las que entran claramente las que se meten con calzador en el juego de la distinción² o en versión más descarnada, las que se inventan y dan forma a las actitudes de ese arte social del simulacro³.

La simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: lo hiperreal. No más espejo del ser y de las apariencias, de lo real y de su concepto.

[...]

En este paso a un espacio cuya curvatura ya no es la de lo real, ni la de la verdad, la era de la simulación se abre, pues, con la liquidación de todos los referentes —peor aún: con su resurrección artificial en los sistemas de signos, material más dúctil que el sentido, en tanto que se ofrece a todos los sistemas de equivalencias, a todas las oposiciones binarias, a toda el álgebra combinatoria. Se trata de una suplantación de lo real por los signos de lo real.

[J. Braudillard, *Cultura y Simulacro* (1978)]

El marco teórico, o como queramos llamarle de aquí en adelante, responde a viejas pautas de las operaciones científicas de generación de conocimiento, en el sentido obvio de garantizar aquello tan esencial como el carácter acumulativo del saber. Esto no justifica de ninguna manera que tengamos que desterrarlo de los procedimientos actuales, se trata simplemente de dotarlo de otras extensiones, de nuevas capacidades. El marco teórico tampoco puede convertirse en una trampa que impida la versatilidad en las maniobras. Por decirlo de alguna forma, no puede interferir de manera determinante en las premisas funcionales de la investigación, ni convertirse en una cárcel, aunque sea de oro, ni mucho menos debe, finalmente, ser un muestrario de evidencias para una inspección o una fiscalización de la investigación o en su caso del ensayo científico.

La ardua tarea que conlleva confeccionar una Marco Teórico sin fisuras me impide proponer aquí uno idóneo para la contrastación de los resultados del proyecto de investigación que propongo como referente de los comentarios vertidos en este texto. No obstante voy a aventurar siquiera dos de las que me parecen líneas inexcusables en ese quehacer.

La primera viene avalada por los intentos más satisfactorios de ordenar los procedimientos para el estudio de la vida cotidiana y su espacio temporalidad⁴. La segunda, es la propuesta por E. Verón y su 'semiosis social'. Sobre ambas comentaré algunos aspectos en el apartado de metodología que inserto a continuación.

2. MATERIAL Y MÉTODOS (PARA EL ABORDAJE DE LO INSEGURO)

No voy a entrar aquí en una de las últimas derivas metodológicas expresada en la distinción entre investigación cuantitativa e investigación cualitativa. Considero que ha sido necesario entablar el debate sobre este asunto en un momento en el que el ‘temor’ a la no cientificidad ha impulsado a las ciencias humanas y sociales a buscar un camino armónico entre detractores y defensores del carácter científico o no de las propuestas de conocimiento en sus propias disciplinas, fundamentalmente. De alguna manera sigue guiando el criterio de cientificidad, si bien éste ha sufrido reajustes muy importantes y sustanciales en la forma en que debemos entender hoy qué es la ciencia. Estos reajustes se deben claramente al choque –a veces no carente de cierta violencia- provocado entre las feroces críticas a la enfatización y encumbramiento de lo científico desde los postulados de la ciencia moderna y las posiciones más clásicas y menos dispuestas a versatilizar la hasta entonces rígida posición en la admisión del carácter científico de lo especulativo, o digamos con mejor tono, lo heurístico. Estas críticas fueron inmediatamente etiquetadas bajo el epígrafe de postmodernas, y efectivamente se vieron afectadas, cuando no infectadas, de lo que pudiéramos llamar –no sin cierta prudencia- ruptura epistemológica con los presupuestos teóricos y metodológicos de la Modernidad. Efectivamente, el hecho de poner en duda la legitimidad de los grandes discursos, o dicho de otra manera, el hecho de advertir del agotamiento de las grandes teorías onmiexplicativas, heredadas de la modernidad, no puede acarrear lo que pudiéramos llamar la anarcometodología. Rearmar una nueva posición en el empleo y el sentido de las metodologías no entraña atentar contra el sentido acumulativo del saber.

La ciencias del hombre (sociales y humanas) están llamadas a superar el encorsetamiento científico positivista, de manera que sus propias estrategias puedan ser consideradas también como generadoras de conocimiento, pero no a cualquier precio, sino al que garantice ir construyendo unas nuevas redes epistémicas basadas en la utilización de metodologías más creativas y acordes a la última realidad social, pero sin despreciar el bagaje científico que le precede. Al final, puede sostenerse, a tenor de lo que hoy se baraja en el contexto académico, que aquéllas disciplinas -sociales o no- que son capaces de generar una perspectiva de investigación que cumpla, aunque ahora solo sea de manera algunas veces metafórica, los ‘requisitos’ de la ciencia positiva serán admitidos en el cenáculo científico. Por ejemplo, el

caso de investigaciones en patrimonio, en el que una de sus dimensiones de análisis ‘permite’ reproducir modelos investigativos propios de los procedimientos científicos aplicados. En las ciencias sociales, pues, pueden reproducirse esquemas y procedimientos con los que la ciencia más experimental se siente más cómoda. Pero ¿qué pasa cuando esta ciencia quiere sumergirse en dimensiones del comportamiento, la percepción, la decisión, los imaginarios como componente inexcusable de estrategia vital, las emociones o esa esfera que ahora vislumbramos bajo el paraguas terminológico de subjetividad, o la aflicción, etc.? Porque lo que ha sucedido, desde mi punto de vista, es que a las ciencias sociales se les ha atribuido cierta ‘competencia científica’ en esferas que no presupongan en principio un choque con los procedimientos científicos más admitidos, a la vez que se procuraba un alejamiento paulatino pero notable de otras dimensiones que les eran perfectamente afines pero solo resolubles desde posicionamientos del todo especulativos o heurísticos. Ello ha propiciado una doble tensión primero entre las propias ciencias sociales y humanas y después en el contexto que las relaciona con las demás ciencias, sobre todo las experimentales.

Hace alrededor de tres décadas ciertos autores cuya cabeza visible fue Michel Maffesoli se empeñaron en reivindicar una posibilidad científica, por parte de las disciplinas sociales y humanas, consistente en generar conocimiento acerca del comportamiento ordinario, alertando de que las posiciones científicas más rancias nos estaban privando de una parte sustancial de este conocimiento al no admitir entre los procedimientos científicos la dimensión que estudiaba la naturaleza de una serie de relaciones difíciles de domeñar en la exigencia de la contrastación, pero no obstante existentes y evidentes. Una dimensión que hasta entonces solo podía encontrarse en la literatura narrativa y que solo tenía cabida con excesivas precauciones desde la ciencia. Todo este movimiento establecía claramente su antecedente en los escritos de Michel de Certeau sobre la vida cotidiana, una extensión de las ideas más tradicionales de la Antropología pero aplicadas a las llamadas sociedades complejas, occidentales y actuales, lo que hacía tambalearse a la seguridad epistémica de la metodología con que se estudiaron hasta entonces ‘los grupos humanos exóticos’. La sugerencia ya había sido apuntada, como casi todas las que al final han supuesto una superación de las maneras modernas, por los primeros sociólogos (la obra de Gabriel Tarde es, guardando las distancias oportunas, una invitación a tener presente esta consideración).

Con altibajos, esta especie de microsociología fue ocupando el lugar que la ciencia le dejó, después de reconocer un honroso y prolongado itinerario en la reafirmación de sus armas metodológicas, tanto de la Sociología como principalmente de la Antropología. Pero entre los procedimientos propios de la Antropología no se había desarrollado ninguna extensión metodológica que trascendiera las operaciones ‘con informantes’, habiéndose constituido éstas como columna vertebral de la ‘ciencia’ socioantropológica. Y cierto es que en estas operaciones metodológicas que no podían renunciar el testimonio de personas se habían pulido lo necesario como para pasar la prueba de la cientificidad.

Sin embargo, esta práctica metodológica madurada en las larguísimas etapas de brillantez de la antropología clásica y puesta definitivamente a punto por los metodólogos posteriores a B. Malinowski, suponía a la vez sacrificar en parte una de las fundamentaciones epistémicas de aquella disciplina, la filosófico-especulativa, que desde ese momento solo tenía existencia de forma subyugada a los resultados de la pretendida metodología positiva de las técnicas conversacionales. Lo especulativo, en este contexto, no es lo que se deriva del ‘espejo’ social, o de una operación meramente contemplativa, por mucho que sea muy atractiva la sugerencia etimológica que emparenta especulativo y espejo (*speculum*), incluso la consideración de *speculum veritatis* o espejo como imagen innegable de la realidad. Antes bien esta idea estaría aliada con otra deriva etimológica, tampoco carente de gran sugestividad, y que establece la conexión entre especulativo y el verbo latino *speculari*, que viene a significar <mirar desde arriba>, <atisbar, escudriñar, mirar con suma atención>, incluso puede añadirse <mirar a fondo y con intención de conocer los intrínquilis que lo que se mira pueda tener>.

No pretendo un juego filológico con lo arriba descrito, sencillamente pienso que renunciar a la posibilidad de observar para entender nos priva de la dimensión de encontrar el sentido, pues más allá del puro testimonio de nuestros ‘informantes’ existe el universo de sentido en que todo está instalado, es decir, como aseveró C. Pierce, en transcendencia del plano semántico existe el universo semiótico que lo alberga, el verdadero sistema general lingüístico, o sea, el que nos permite conocer, no es el de los significados sino el del sentido.

No obstante, seguimos, en cierta forma, obstinados, en lo que a la práctica metodológica y sus protocolos se refiere, en querer versionar el aroma, la prestancia, la sutilidad de los colores a partir de una foto fija de

la rosa, al ofrecernos, esto, la sensación de haberla apresado en su inmutabilidad, mirando para otro lado cuando se nos advierte de la naturaleza efímera tanto de la rosa como del momento.

El temor, todavía, a la reprimenda por parte de la intransigencia más despótica nos vuelve temerosos a la hora de afrontar nuevas maneras. Es incómodo abandonar hábitos y descubrir nuevos caminos. Hacerse cargo de la incertidumbre, de la inconstancia, de las inseguridades, de las contingencias⁵ no se lleva bien con las fórmulas ensayadas hasta la extenuación, a pesar de los constantes avisos sobre sus limitaciones; fórmulas como identidad, etnia, patrimonio, que nos tranquilizaban en su espejismo de haber obtenido un orden de los comportamientos y de su explicación. “Conocer es atravesar abismos”, como cuando se produjo afortunadamente la transversalización de saberes y de campos del conocimiento. Lo importante no es la fórmula ni sus estrategias de aplicación, lo es su capacidad de transmitir que las inseguridades son una forma de conocimiento, tanto las que se versionan del funcionamiento social como las propias de la actividad investigativa y ensayística.

Como he señalado, el fenómeno de la modernidad tardía que hemos etiquetado como patrimonio y encumbrado como paradigma de los estudios más ajenos a y alejados de la ‘sospecha’ y de la crítica sociológicas, y por tanto menos ‘arriesgados’, puede depararnos un campo de reflexión metodológica -y más cuando intentamos problematizarlo hablando de procesos de patrimonialización-, en el que se escenifiquen el juego de los actores sociales y sus notarios científicos. Y quizá no tanto por el hecho de desvelar que no es un todo homogéneo analizable desde categorías de siempre, sin riesgo, y que alberga grandes y graves contradicciones y adhesiones variopintas, dispersas o de enérgica negación, sino porque proporciona una arena⁶ (un campo de batalla) extraordinaria para templar las armas del ensayo y certificar la invalidez de la ‘lógica’ de los códigos sociales.

Siguiendo esta idea, cuando en las operaciones investigativas ‘bajamos a la arena’ nos encontramos con una marea de confluencias y de cruces, de expectativas, decepciones, silencios obligados, reacciones airadas, acuses indiscriminados, discursos inseguros, ‘corrosión de caracteres’. La imposibilidad de establecer patrones es obvia, los testimonios no nos salvan de nada, son contingentes, acomodaticios, violentos, sumisos, indolentes, desesperados o también consecuentes, o resignados, todo menos clasificables. Las técnicas tradicionales de investigación

-por ejemplo los grupos de opinión- se convierten fácilmente en un juego de proselitismos; la red semántica, último intento de entendimiento de esta pluricidad se desvanece y muestra inservible; al igual que los intentos narrativos derivados de la intensidad de las historias de vida, en las que a menudo los protagonistas no hacen más que reproducir las maneras de expresión a las que nos han sometido los nuevos medios tecnológicos de comunicación interpersonal y social, que vienen caracterizados por espejismos encadenados de libertad, de autonomía, de seguridad, de elección.

Ante esta perspectiva nos disponemos a ensayar lo que en la senda sugerida por E. Verón en torno a la semiosis social y que aliándonos con las últimas terminología podríamos llamar redes, mallas, mapas semióticos, conjuntos semióticos. Verón establece una premisa inicial a sus propuestas especialmente afín a los criterios desarrollados en estas páginas: *“el carácter provisorio, relativo, y sustentando por un contrato social, del conocimiento científico”* (Verón, 2013:417). Formado en la tradición cruzada de C. Lévi-Strauss y R. Barthes, el autor recupera el modelo ternario propuesto por Ch. Pierce, como superación de la todavía primitiva idea de F. de Saussure sobre la semiología. Se trata de establecer y aplicar las claves de la dimensión discursiva para lograr una aproximación a los que llamamos la construcción social de la realidad. En derivación de esto, el pensamiento ternario o tricotómico de la significación (interpretante/signo/objeto) es claramente una superación del modelo binario saussureano (significado/significante), en el sentido en que deshace la inercia tradicional de explicar la realidad en base binomial o dicotómica -modelo preferencial de la ciencia reduccionista moderna- y lo convierte en un juego de posibilidades infinitas, pues la propuesta ternaria de Pierce no significa exactamente que se dirima únicamente en tres componentes o vértices, sino que a modo metafórico sugiere una ruptura con lo ancilar y maniqueo, tal y como en metodología de la investigación la triangulación no es solo una ‘operación’ triangular o de referenciar tres componentes, sino que de la misma manera metafórica significa más bien contrastar de manera compleja y múltiple.

Retomando la idea del tándem metodológico trabajo de campo/observación participante (según la nueva idea que he intentado describir antes), la propuesta de redes semióticas confía en la capacidad del investigador para obtener, más allá de una instantánea de una situación determinada ajustada a una colección de códigos del funcionamiento social y

las respuestas puntuales de la gente en esa situación, una impresión de cómo los diferentes discursos que podemos identificar en esa confluencia pueden estar y de hecho están encastradas (el término es usado por E. Verón) o anidan en unos contextos de producción histórica y colaborativa de sentido. Las posibilidades y características de este anidamiento son por otra parte infinitas, difuminadas, más dotadas de sentido que de significado. Al ampliar los fenómenos de la producción de sentido más allá de la emisión consciente (humana) de mensajes, se propone como clasificación ontológica de los signos naturales/culturales presentes en la biosfera/semiosfera.

El análisis de la malla semiótica, obtenida desde sus tres posiciones funcionales (operaciones/discurso/representaciones), implica una fragmentación del 'sentido producido' a partir de una extracción segmentada operada dentro del proceso semiótico infinito que tiene lugar socialmente. El investigador accede a pequeños tramos fragmentados deudores del sistema de producción de sentido del que surgen y ancladas, encastradas o anidadas, como se ha dicho, en una tradición histórica y productora de sentido. Toda producción de sentido es social por definición y todo fenómeno social contiene un proceso de producción de sentido (Verón, 2013), el reto de la investigación consiste en desvelar el nuevo lugar del individuo en el entramado social y ver cuidadosamente cómo han operado en el carácter de esos fenómenos sociales las consecuencias de las nuevas tecnologías de la comunicación, en el sentido de parecer construir unos nuevos contextos donde lo social adquiere una nueva naturaleza. Además desde dos dimensiones que pueden ser muy aclaratorias: una, endógena, que afecta directamente a los usuarios de nuevas tecnologías; y otra, exógena, que también mide las consecuencias en los no usuarios convertidos ya en analfabetos tecnológicos. Según Verón, entonces, el análisis consiste en la reconstrucción de 'procesos' a partir del estudio de las huellas presentes en los 'productos' de sentido. Habría que añadir a esto que los 'discursos' se convierten, en la transmodernidad, en 'funcionamientos discursivos', y no se ubican únicamente en los mensajes lingüísticos más o menos conscientes, sino en las actitudes y en los silencios.

Los estudios comunicacionales o los nuevos estudios sobre comunicación humana, y sobre todo la semiótica como enfoque *sine qua non*, fueron barridos casi por completo del nuevo impulso metodológico porque fueron catalogados dentro de 'los sospechosos' del postmodernismo. Fue un daño colateral y se desechó demasiado alegremente.

2.1 Nuevas versiones del trabajo de campo y la observación participante

El estudio social se sustenta en un espacio metodológico que fundamentalmente se resuelve, si no únicamente sí en mayor medida, en lo que se ha acuñado como ‘trabajo de campo’. El giro procede de las operaciones disciplinares propias de la Antropología, que se diseñó, al menos en su vertiente más científica, como requisito indispensable. De esta manera, la Antropología clásica salía al paso de las constantes e insinuantes sospechas vertidas desde la ciencia positiva. Este episodio sentó el precedente de la necesidad del trabajo de campo como garantía científica de una serie de consideraciones de carácter puramente heurístico. Toda la trayectoria disciplinar de la Antropología desde F. Boas, B. Malinowski, A. R. Radcliffe-Brown, A. A. Evans-Pritchard, hasta M. Harris, Clifford Geertz y P. Rabinow, se ha caracterizado por conciliar los métodos positivos de investigación con los sostenidos únicamente en la observación (incluso en la observación participante de los clásicos); o al menos en la búsqueda de esos caminos de conciliación.

Es evidente que el tándem metodológico trabajo de campo/observación participante no garantiza por sí solo la solvencia científica de una investigación, pero es que, además, no es suficiente para desplegar conocimiento en torno a aspectos de la relación, de la percepción o de cualquier otro aspecto comunicativo intersubjetivo⁷. Y este fundamentalmente ha sido el mayor escollo metodológico y también un referente de cómo se ha de investigar para que esos aspectos del comportamiento antes mencionados puedan ser iluminados.

La disyuntiva, a partir de esta situación, se abre en dos direcciones: o se afinan, transforman y readaptan las estrategias metodológicas ya existentes para responder ‘de otra manera’ a las exigencias científicas sin perder la posibilidad de ‘decir cosas’ sobre la dimensión subjetiva; o ponemos en marcha otras distintas, menos temerosas con las propuestas más positivistas y que van a depositar su confianza en la autonomía, honestidad científica y capacidad de interpretación del investigador. La primera de ellas es, desde mi punto de vista, la que más voluntades aún para convertirse en la vía preferente; la segunda despliega posibilidades hasta ahora no vistas, o por mejor decirlo, hasta ahora no tenidas todavía por satisfactorias. Los caminos intermedios -es decir, los que aúnan técnicas muy contrastadas con un margen importante de interpretación- como el que pusieron en marcha C. Geertz y su escuela interpretacionis-

ta, se produjeron sobre temáticas, objetos y problemas muy cercanos aún a la tradición de investigación sobre sociedades exóticas o bien sobre sus réplicas en la sociedad compleja -esto es, sobre problemas de investigación que cumplían idénticos planteamientos y requisitos de abordaje⁸-. El verdadero reto de la investigación -¿cualitativa?- está en posicionarse en esta encrucijada en la que hoy está instalado el individuo caracterizada por la intersección de incertidumbres. A criterio de García Canclini (2015) -de cuyo libro reproduciré en este apartado varios párrafos- las nuevas versiones de pesquisa “no buscan las respuestas”, sino que se trata de hacer adecuadamente las preguntas. P. Bourdieu se aproximó (en *La distinción*, 1979) con maneras visionarias a esta inestabilidad y contingencia de los testimonios al sumergirse en cómo simulaban los grupos de élite o populares cuando usaban los gestos y símbolos ‘legítimos’ a fin de aparentar lo que no eran: “El problema es que la gente ya estaba mintiendo de otras maneras y en [otros] lugares diferentes”.

García Canclini concluye: “Estamos en una transición incierta, que vuelve insegura cualquier descripción de la estructura social. Se pone entre signos de interrogación el sentido común acerca de qué es lo social, no solo de las personas comunes sino de los científicos. No basta tratar de entender el ‘contexto social’ cuando los ciudadanos deciden por quién votar o los consumidores eligen diferenciarse leyendo libros o luciendo dispositivos electrónicos. Estas decisiones las tomamos participando en interacciones sociales, que no son exteriores a los individuos como se imagina a los ‘contextos’. Operamos como actores en red, que ponen en duda constantemente cómo asociarse y para qué con otros actores, con instituciones y con los movimientos que las cuestionan”. En un mundo que muta con más velocidad (Koselleck, 2003) que cuando aparecieron la imprenta, el cine o la televisión es inservible la idea del científico que como un taquígrafo toma nota de si se cumplen o transgreden las leyes ‘imaginadas’ de lo social. La tarea del pensamiento social es, en este momento de incertidumbre en que la política es ‘canalla’ y el acceso a la información tan plurívoco que se convierte en desconcertante, ‘orquestrar contrastes’ y no obsecarse en descubrir regularidades de larga duración.

La infiability de las respuestas de los ciudadanos llevadas al rango de testimonio o información privilegiada, las obtenemos por la única vía de sus propios testimonios o mensajes, de los que participan en interacciones sociales, pero que no son exteriores a los individuos, como nosotros concebimos, acabo de decir, ‘los contextos’ (es decir concebimos

los contextos como externos al individuo, al que afecta y transforma pero del cual no forma parte esencial). “Captar el orden de las personas y las cosas requiere, más que nunca, estar pendiente de su arbitrariedad. La sociedad es un laberinto de estrategias” (G^a Canclini, 2015:15-16).

2.2 En el barro: la investigación como referente

El proyecto de investigación⁹ que me sirve como referente para desgranar y verbalizar para mí mismo las consideraciones que, sin duda torpemente, se exponen en este pequeño texto, es extraordinariamente idóneo para albergar en su proceso algunas de las incertidumbres más poderosas en lo que al despliegue metodológico respecta. En la literatura de su justificación se versiona la enorme versatilidad que el título imprime a los criterios con los que hay que abordar la temática. Hablar, en este sentido, de procesos de patrimonialización significa no tanto entrar en operaciones descriptivas de corte patrimonial, como las muchas que se han llevado a cabo en los últimos tiempos, como desvelar en qué han consistido los últimos giros civilizatorios reflejados en las operaciones de la vida cotidiana, las expectativas con que las personas se enfrentan al mundo, las incertidumbres, las nuevas versiones de la discrepancia social, que ya no son de clase, sino de defensa y casi supervivencia, en las durísimas condiciones a las que a grandes capas poblacionales somete el último capitalismo neoliberal globalizante (Wacquant, 2010), la tiranía de los medios y el enorme campo de realización que se abre con la generalización de las novísimas tecnologías de comunicación.

Las ciudades, en la transmodernidad (Kapfinger, Lootsma, Jameson, Bauman, Zizec...) se han abandonado definitivamente en los brazos de las políticas y de los procedimientos neoliberales. Prefieren proyectarse bajo fórmulas vacías (smartcities, app, makingcity) de espejismo futurista antes que afrontar la gravedad de los problemas sociales de manera franca y resuelta. Las perspectivas críticas, como la que abanderó el propio LoïcWacquant se adueñan de un espacio -crítico- que funciona como una esfera radicalmente ajena a toda la maquinaria procedimental, digamos civil, que suele ampararse en consignas descalificadoras que proyectan la crítica social como impedimentos para el progreso. En ellas, otras fórmulas muy de carácter elitista intentan ocultar el dirigismo político o la realidad global y sus muchos nichos de descontento.

Entre éstas destacan las que enfatizan hasta extremos hedonistas las llamadas identidades urbanas, con pretendida singularidad creativa y estilos

artificialmente sugestivos de vida¹¹, la última versión de las ‘tribus’ urbanas; y por otro lado la utilización de los fastuosos proyectos urbanos –entre los que cuento también los llamados procesos de patrimonialización, llamados a veces con cierta rimbombancia apropiación de los espacios públicos– como cohesionante social. Ambos son gigantes con pies de barro, por más que entre estos últimos se cobijen también algunas de las sugerencias más dinámicas y atractivas de los últimos tiempos, fundamentalmente las que ponen en relación el territorio y el espacio como correlatos de la comunidad y la colectividad (Delgado, 1998 y 2011), pero que desde mi punto de vista no superan en lo esencial las sucesivas teorías sociológicas sobre lo urbano, y es que esto, lo que con sobra de énfasis llamamos urbano, no es una singularidad, ni conforma en sí mismo una identidad y por tanto unas formas de actuación distinta: no es más que un recurso basado en una antigua dicotomía que hoy no tiene sentido, pues lo urbano es, más allá de una mera diferenciación de formas de ocupar y vivir un territorio, la denominación de unos modos de vida generalizados en las sociedades actuales, caracterizados por la globalización, las tecnologías de la comunicación y las redes sociales. En este sentido es más un estado evolutivo social que una modalidad poblacional.

No es tampoco el proyecto, en virtud de sus ítems funcionales, un intento más de desvelar las intrincadas relaciones entre patrimonio, ciudadanía e identidad, a pesar de que es esta ecuación la que con más insistencia ha aparecido en los tratados sobre la cuestión. El proyecto busca más acertar en determinados planteamientos sobre la percepción individual y sus tensiones con la social sobre lo que se versiona como patrimonio, que ha sido, en las últimas décadas, la propuesta panacea para operaciones sin riesgo para las ciencias sociales, sin riesgo más allá de adornar el patrimonio de una serie de datos histórico-geográfico-estéticos. La propuesta del patrimonio como temática central de las preocupaciones sociales, resuelta previsiblemente entre su naturaleza como recurso económico legítimo y como referente privilegiado de una pretendida identidad (más bien local), ha funcionado como un *panem et circensis* de la modernidad tardía; por lo que el proyecto, además de la intención mencionada, desarrolla otra de no menos importancia que es la de acercarse a la realización de las preguntas idóneas en lugar de a las ‘operaciones’ tradicionales en este tipo de abordajes –o investigaciones–, lo cual, como puede verse, plantea un reto directo en cuanto a la revisión de los parámetros de la Metodología.

Esa especie de contradicción esbozada (temática sin aparente riesgo social; referente económico legítimo y de refuerzo de la identidad, elemento de desarrollo y de reconfortamiento, etc.) encierra un conjunto de tensiones que tienen muy difícil expresión, incluso en la dimensión discursiva; y sobre todo, compone un campo de actividades en el que mejor se escenifica la volubilidad de los discursos, sometidos constantemente a la intemperividad y contingencia propias de la política neoliberal, y de los intrincados caminos que conectan estas políticas locales, y en este caso también otras de alcance internacional, como el papel que en esta temática cumple la UNESCO, con las poderosas redes que el mercado despliega, y no solo entendido como gran fórum de relación de las ambiciosas corporaciones o las financieras, o los grandes bancos, sino ahora, más identificados que nunca, el mercado de las emociones o el escaparate público de la intimidad, el poderosísimo encanto de las subjetividades y otras expresiones que parecen haber caído para siempre en las fauces de ese Saturno insaciable que es la alianza del mercado global, las tecnologías (de la comunicación), y los *mass media* y la publicidad.

El patrimonio, y por ende los procesos de patrimonialización, constituyen el gran fenómeno de las políticas neoliberales en las sociedades actuales, o al menos suponen un teatro de operaciones privilegiado en el que el Estado pone en práctica sus ‘estrategias de alianza’ con la ciudadanía. Eso es así al menos desde el siglo XVIII, en el que se establecen las vías de la política Moderna, caracterizada por la interpelación constante de la ciudadanía hacia el Estado y resuelta en la posesión de un territorio, un idioma, un ejército y un patrimonio, junto con otros componentes de menor relevancia. En los orígenes de la política moderna, el Estado espoleaba a la ciudadanía para que reivindicara como propio el patrimonio incluso que pugnara por ganar el derecho a él¹²; paulatinamente la dulcificación de las políticas y la desaparición del concepto de comunidad frente al emergente de colectividad (Delgado, 1998), lo que pudiéramos llamar grandes movimientos de relegitimación de los Estados, han arbitrado que el gran referente de cohesión social en torno al patrimonio va a ser la identidad.

Estas dos realidades -el patrimonio como recurso económico y de estabilidad del Estado (y en gradación descendente, también para las administraciones locales) y el referente de la identidad como cohesionante social- pueden por sí solas convertirse, y de hecho se convierten a menudo, en el escenario de graves disyuntivas sociales. Pero no solo desde el

punto de vista del análisis materialista dialéctico histórico, que seguramente reduciría el problema a la correspondencia de fuerzas económicas, a la lucha de clases y al conflicto social explícito, sino a otra mucho más sutil, más domesticada, más difícil de definir, pero que con seguridad tendrá las mismas o parecidas consecuencias. En el primer caso -digamos de lo explícito- los discursos son mucho más contundentes y aparentemente claros, puede sugerirse que están más cercanos al plano semántico, y en ellos pueden detectarse grandes dosis de proselitismo y dominio de los líderes; el segundo, viene obligadamente caracterizado por las circunstancias de la sociedad actual: fundamentalmente aquellas que diseñan un individuo hedonista y confuso (líquido, en expresión de Bauman) al que se le ha construido una subjetividad desconectada en lo posible del sentido de lo colectivo.

Cuando en las sesiones con informantes de la investigación formulamos ‘preguntas’ sobre estas dos dimensiones -la percepción patrimonial y el sentimiento identitario- lo que más destaca, por encima de las primeras impresiones de emisión de discursos bien estructurados y seguros, es otra sensación, u otra realidad, la de la inconsistencia, la virtualidad, la volubilidad. Pero no por propia voluntad de los informantes, sino porque estos -todos, nosotros- estamos instalados en situaciones -en una realidad- inseguras y cambiantes. La característica más relevante de la gnoseología contemporánea radicaría en la plasmación virtual que no requiere la realidad de los objetos para existir (Rodríguez Magda, 2004).

Sin embargo, por esas mismas características, los campos del patrimonio y la identidad nos van a proporcionar, como vengo sosteniendo, un escenario ideal para poner en marcha los enfoques metodológicos que este texto versiona como superación de las operaciones investigativas modernas. Esto es así porque nos va a permitir poner en relación y contrastar resultados derivados de la aplicación tradicional de las técnicas de prospección con una perspectiva de corte interpretativo, no en el sentido que como última fase de la ‘descripción densa’ le daba C. Geertz, sino como plataforma y puesta en escena de las consideraciones históricas y colaborativas de la construcción de sentido, de sentido social o de semiosis (Verón, 2013).

Una doble disyuntiva se presenta al que quiere cosechar conocimiento sobre la naturaleza de las relaciones y su impacto en el individuo en nuestras sociedades a través del análisis y la investigación. Una de impronta optimista que nos interpela para crear nuevas adhesiones que

construyan nuevas identidades a modo de simulacros operativos estratégicos, de carácter instrumental, que creen por convención nuevos mitos genealógicos que doten de sentido a la nueva forma de entender ‘la libertad’ en una sociedad transmoderna, un modelo que pretende mantener los ideales de lo político y las necesidades emocionales e identitarias. La otra no oculta su marca radical y anima a sentar las bases de una recuperación activa de los ‘objetos’ y los procesos para no desechar definitivamente las ‘normas del parque humano’ y abandonarse por completo en los brazos de una inacción devastadora (Sloterdijk, 2003).

De cualquier manera, la investigación social ha preferido resolverse en las distancias cortas, casi en el cuerpo a cuerpo, por eso sus herramientas mejor afinadas son las del diálogo y la relación personal. En la prospección de los movimientos de masas imperan las técnicas más de corte cuantitativo, y está resultando difícil arbitrar unas buenas estrategias por encima de ese encorsetamiento. Sin embargo, el reto no es nuevo y algunos de los grandes sociólogos de la época dorada -esos que ahora son recuperados con otras lecturas muy diferentes de sus obras y de sus ideas¹³- ya abordaron, y de manera brillante el estudio del comportamiento de las masas. Puede establecerse una génesis de estos estudios en G. Le Bon, desde la sociología, si bien pronto esta preocupación cayó en manos de los comunicólogos, que le dieron una perspectiva especial y muy cercana a las actuales propuestas en investigación social, especial es el caso de G. Bateson y sus aportaciones en torno a la teoría de sistemas y a la cibernética.

Parece haber una especie de entente en virtud del cual la preocupación por las masas entra en el terreno de la filosofía social mientras que el estudio de las individualidades es más propio de la investigación socio-antropológica.

Notas

1. CIMAR Research Project “La Ciudad y el Mar. La Patrimonialización de las Ciudades Portuarias” (The City and the Sea. The Patrimonialization of Port Cities) financed by the Spanish Ministry of Economy and Competitiveness (HAR2013-48498-P).
2. En clara referencia a Pierre Bourdieu: *La distinción. Crítica social del juégono*, Paris Minuit, 1979 [*La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, trad. de Ma. del Carmen Ruiz de Elvira, Madrid,

- Taurus, 1998 (2.a ed., México, 2002)). He aportado el título original y su traducción para la edición española porque creo que ésta no hace justicia a lo sugerido en aquél. En mi opinión la traducción ideal sería ‘Crítica social del juicio -o de la opinión-’.
3. Otra clara referencia, esta vez a Jean Braudillard, *Cultura y Simulacro* [1978], Kairos, Barcelona, 2007. Del que reproduzco dos párrafos.
 4. Es la línea que, sustentada en la tradición abierta por G. Tarde tiene su continuidad en Michel de Certeau, Norbert Elías [Apuntes sobre el concepto de lo cotidiano, en V. Weiler, 1998 *La civilización de los padres y otros ensayos*, Norma, Bogotá], M. Maffesoli, Alicia Lindón, Mauro Wolf [*Sociologías de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 2000], así como algunos de los intentos metodológicos de J. Ibáñez.
 5. Hay una escena, visionaria sobre este asunto, en Amanece, que no es poco (la película de José Luis Cuerda), el coro repite varias veces “nosotros somos contingentes, tú eres necesario” (se lo dice el pueblo -mayor- al alcalde mujeriego con novia despampanante nueva), que retrata muy bien las inercias intocables.
 6. Como versiona Pietro Clemente, ‘nicchia e arena’ [en traducción muy libre ‘hornacina y campo de batalla], en un apartado de su “Negociar la diversidad. La vida cotidiana como patrimonio cultural”, en Patrimonio cultural. Nuevas formas/nuevos sentidos, *Sphera Publica* N° Especial, 2010.
 7. En referencia a esto cabe hacer la salvedad de las propuestas provenientes de E. Goffman en torno al ‘interaccionismo simbólico’. En cierta forma tiene su lógica que sea Goffman el antropólogo más relacionado con las nuevas ideas en ciencias de la comunicación surgidas de las reuniones de Palo Alto y de la riqueza de las tesis de G. Bateson, fundamentales para entender las aproximaciones actuales a las teorías de la comunicación, que hasta entonces habían parecido inexplicablemente ajenas a los procedimientos antropológicos.
 8. Valga de ejemplo “Exploración cualitativa de la movilidad laboral rural: el caso de Andalucía”, en García Sanz, B. (2011), *Ruralidad emergente, posibilidades y retos*, Madrid: Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino (Colección Serie Estudios, n° 175), que analiza la situación en clave de modelo social concreto, cuando lo rural no existe como tal y no es más que un recurso de la sociología más tradicional para establecer modelos analíticos.

9. Ver nota al pie nº 1, pág. 3.
10. La última de esta catarata de propuestas aliadas con los continuos movimientos de la ‘moda’ es la de los ‘yuccies’ (Young Urban Creatives).
11. La secuencia teórica que avala este criterio va desde los tempranos escritos del Abate Gregoire y los fundamentales de A. Ch. Quatremère de Quincy [(orig. 1796) (ed. facs. 2007): *Cartas a Miranda*, Murcia, Nausicaä], que establece la naturaleza moderna del patrimonio en cuanto elemento insustituible en la constitución del Estado; hasta la propuesta, crucial para entender en nuevo carácter del patrimonio, de las políticas culturales francesas cuyo paradigma es André Malraux, quien protagoniza una nueva vuelta de tuerca: “l’heritage ne se transmet pas, il se conquiert”. Ver, para esta interesante lectura de la Historia, M. Fumaroli, 1992, *L’Etat culturel, essai sur une religion moderne* Paris, Editions de Fallois [en español *El Estado cultural (ensayo sobre una religión moderna)*, Acantilado, 2003].
12. Me refiero a las relecturas que, como ejemplo, hace M. Delgado de M. Halbwachs, y su distinción entre comunidad y colectivo, que es a la vuelta de los tiempos de rabiosísima actualidad e impacto en las teorías sobre lo urbano. En otras líneas sucede con G. Simmel, el propio E. Durkheim, M. Weber o G. Tarde, convertido en referente de la gran corriente sobre estudios de la cotidianeidad o sociología ordinaria (M. Maffesoli, *El conocimiento ordinario. Compendio de Sociología*, 1993).

Referencias Bibliográficas

- DELGADO, Manuel. 1998. Dinámicas identitarias y espacios públicos. **Cidob d’afers internacionals**. 43-44.
- DELGADO, Manuel. 2011. **El espacio público como ideología**. La Catarata. Madrid (España).
- FERNÁNDEZ PORTA, Eloy. 2012. **Emociónese así. Anatomía de la alegría (con publicidad encubierta)**. Anagrama. Barcelona (España).
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. 2015. **El mundo entero como lugar extraño. Gedisa. Barcelona** (España).
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José A. 2012. **El malestar en la cultura patrimonial**. Anthropos. Barcelona (España).

- HABERMAS, Jürgen. 1998. "Política deliberativa: un concepto procedimental de democracia" [cap. VII] y "Ciudadanía e identidad nacional" [619-643]. En **Facticidad y validez**. Trotta. Madrid (España).
- HABERMAS, Jürgen. 2007. **Identidades nacionales y postnacionales**. Tecnos. Madrid (España).
- HOCHSCHILD, Arlie R. 2008. **La mercantilización de la vida íntima. La casa y el trabajo**. Katz. Buenos Aires (Argentina).
- HAN, Byung-Chul. 2014. **Psicopolítica**. Herder. Barcelona (España).
- IBÁÑEZ, Jesús. 1983. **El grupo de discusión: fundamentación metodológica. Justificación epistemológica y descripción tecnológica**. Madrid, F.E.C. (España).
- KAPFINGER, Otto & LOOTSMA, Bart. 2002. **Transmodernity. Austrian Architects**. Pustet. Salzburgo (Alemania).
- KOSELLECK, Reinhart. 2003. **Aceleración, prognosis y secularización. Pre-Textos, Valencia** (España).
- LLOVET, Jordi. 2011. **Adéu a la Universitat. L'eclipsi de les humanitats**. Galàxia Gutenberg. Barcelona (España).
- MELÉNDEZ FERRER, L. y PÉREZ JIMÉNEZ, C. 2006. Propuesta estructural para la construcción metodológica en investigación cualitativa como dinámica del conocimiento social. **Enl@ce: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento**. 3 (3).
- MENGER, Pierre-Michel. 2009. **Le travail créateur. S'accomplir dans l'incertain**. Le Seuil. Paris (Francia).
- PULICE, Gabriel et al. 2007. **Investigar la subjetividad**, Letra viva. Buenos Aires (Argentina).
- RODRÍGUEZ MAGDA, Rosa M. 2004. **Transmodemidad**. Anthropos. Barcelona (España).
- SIBILIA, Paula. 2008. **La intimidad como espectáculo**. FCE. México (México).
- SLOTERDIJK, Peter. 2003. **Normas para el parque humano**. Siruela. Madrid (España).
- SLOTERDIJK, Peter. 2002. **El Desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna**. Pre-textos. Valencia (España).
- VALLES, Miguel S. 2013. "Sobre estrategias de análisis cualitativo: tras huellas de teoría y práctica investigadoras ajenas en el caso propio" en CANALES, M. (ed.) **Escucha en la escucha. Análisis e interpretación en la investigación cualitativa**. FACSO y LOM ediciones. Santiago de Chile (Chile).

- VALLES, Miguel S. 2011. “Exploración cualitativa de la movilidad laboral rural: el caso de Andalucía” en GARCÍA SANZ, B. **Ruralidad emergente, posibilidades y retos**. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino (Colección Serie Estudios, n.º 175). Madrid (España).
- VERÓN, Eliseo. 1993. **La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad**. Gedisa. Barcelona (España).
- VERÓN, Eliseo. 2013. **La semiosis social 2. Ideas, momentos, interpretantes. Paidós. Barcelona** (España).
- WACQUANT, Loïc. 2010. **Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad ciudadana**. Gedisa. Barcelona (España).